

EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—El Estío (poesia), por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—La Corona de Violetas (continuacion), por doña Dolores Cabrera y Heredia.—¡ Amor de Niña! (conclusion), por Zabara.—Variedades: El Médico ilustre, por don E. de T.—Labores.—Modas.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.

Cuéntase que Júpiter, al formar las pasiones, dió á cada una su lugar: se le olvidó la vergüenza, y al presentársele no sabia dónde colocarla, y la permitió mezclarse con todas las otras, siendo desde entonces inseparable de ellas. Es amiga de la verdad; descubre la mentira; está ligada y unida con el amor, le acompaña siempre, y muchas veces le anuncia y le descubre, y pierde sus encantos cuando está sin ella.

El primer adorno de una jóven es la modestia: aumenta la hermosura, ó es mas bien su suplemento, y sirve de velo á la fealdad.

Es difícil dar reglas seguras para agradar. Las gracias sin mérito no agradan mucho, y el mérito sin gracias, puede hacerse estimar sin hacer impresion: es pues necesario que las mujeres tengan un mérito amable, y que junten las gracias á las virtudes. Algunas mujeres agradan mas á ciertas gentes del mundo por sus defectos, que por sus buenas cualidades: ellos quieren aprovecharse de la flaqueza

de las personas amables, y no sabian qué hacer de sus virtudes: ellos no quieren por estimacion, y quieren mas estar divertidos por personas poco apreciables, que forzados á admirar personas virtuosas.

Ningun conocimiento mas necesario que el del corazon humano, cuando se quiere agradar. Los hombres se dejan llevar mas de lo nuevo que de lo escelente; pero esta flor de novedad dura poco, y lo que gusta como nuevo, disgusta pronto como comun. Para ocupar el gusto por la novedad, es preciso tener en sí muchos recursos y méritos: no basta contentarse solo con el agrado; es menester presentar al espíritu una variedad de gracias y de méritos para sostener los sentimientos, y gozar en el mismo objeto todos los gustos de la inconstancia.

Puede considerarse como innato, el violento deseo que de agradar tiene la mujer; y como la están cerrados todos los caminos que conducen á la gloria y á la autoridad, piensan en los adornos y en las gracias. No es esto reprochable, siempre que no preocupe este pensamiento, y que se desatienda por él lo que constituye el verdadero mérito de una jóven. Las cosas pequeñas, deben tratarse como tales, y no ocuparse de ellas.

Todas las jóvenes suelen estar sujetas á fastidiarse: hoy suele ser esto muy comun; lo cual prueba que se ignora mucho, ó que se corre con inquietud hácia los objetos sensibles; pero aun este fastidio es el menor de los males que tienen que temer. Los gustos escesivos no hacen buena liga con las virtudes, y lo que se llama placer vivo es peligroso, aun conteniéndose bastante para no herir las buenas costumbres, y para vivir en los límites prescritos á la vergüenza; cuando el placer del corazon se ha hecho sentir, derrama en el alma no sé qué dulzura, que dá disgusto para todo lo que se llama virtud. No se ven las consecuencias de este veneno que detiene y entibia las obligaciones, que turba el reposo de la vida, que destruye los gustos y hace insípidos los que son inocentes. Cuando se establece una jóven sin tener aun ocupado su corazon, como hay en nosotros un afecto que busca la union, y este afecto se halla sin ejecucion, se deja llevar y se entrega naturalmente al sugeto que se la proporciona.

Para hacer durar los gustos y amar los entretenimientos, no deben prodigarse, sino tomarse como descanso de las ocupaciones mas serias; así la ausencia de los placeres no dejan un vacío en el alma, ni una necesidad en el corazon.

Cuando está el corazon sano, se saca partido de todo, y en todo se halla diversion: para conseguirlo, no se corrompa el espíritu y el corazon por las inclinaciones que seducen la imaginacion, y por pasiones ardientes, que destruyen el contento y la salud.

Las grandes impresiones del alma son las que preparan el disgusto y el fastidio; que ejercen doble influencia en la juventud, porque saben resistir menos á lo que sienten.

La moderacion y la templanza dan salud al alma y al cuerpo; se tiene siempre una alegría dulce é igual, y una lectura, una labor, una conversacion, hacen sentir un gozo tan puro como muchas diversiones. Los gustos inocentes son de mejor uso, amigos de hacer bien y baratos: los otros lisonjean, pero cansan,

y el temperamento del alma se altera y se destruye como el del cuerpo. La moderacion es una virtud.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL ESTÍO.

Del suelo americano tornó la golondrina:
La fuente yace seca, todo en silencio está;
Y mústios los arbustos del prado y la colina
Segadas mieses solo la vista encuentra ya.

No hay arcos de verdura, ni pájaros cantores;
Las hojas de los árboles inmóviles se ven;
Y lánguidos los tallos de las gallardas flores,
No están ya columpiados del céfiro al vaiven.

Dejádme aquí á la márgen del caudaloso río,
Los trinos escuchando del dulce ruiñeñor
Que anida en la enramada del bosquecillo umbrío
Y entona á sus hijuelos un cántico de amor.

Dejadme: que yo busco la soledad del campo,
Y de la selva espesa la calma y majestad:
Del sol no me fatiga el luminoso lampo,
Que anhelo cielo estenso, luz pura y claridad.

Estío! estacion bella de noches deliciosas,
De aromas saturadas, de músicas y amor!
Mi espíritu no aduermen tus horas misteriosas:
Si el cuerpo pierde vida, la mente cobra ardor.

Estío! Fiebre ardiente que la potente mano
Del Rey de cielo y tierra á la natura dió!
Estío! sueño inerte de todo sér humano!
Por qué te temen todos, y tanto te amo yo?

Por qué una nueva vida, circula por mis venas?
Por qué con ansia loca, tu sol quiero mirar?
Por qué se huye el recuerdo de mis pasadas penas
Y por quimeras bellas me siento acariciar?

No temo la tormenta que forjan tus ardores:
No miro amedrantada el negro nubarron
Que en lluvia reventando desata sus furoros,
Ni temo de los truenos el retumbante són.

Con cuánto afán contemplo el ímpetu y bravura
Con que se sgita y crece la fiera tempestad!
Entonce al Rey del cielo sin miedo ni pavura,
Admiro en su imponente, sublime majestad!

¡Estío, emblema puro de mi ardorosa mente,
De amor y de emociones espléndida estacion!
Bien vengas con tu lumbre y tu mirada ardiente,
Que anima con sus rayos mi jóven corazon!

Bien vengas con tus horas de calma silenciosas,
Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad:
Bien vengas con tus noches tranquilas, deliciosas,
Que bañan de la luna la tibia claridad!

Tus noches! Breves horas de estrellas alumbradas,
De aromas saturadas, de músicas y amor!
Veladas de recuerdos purísimos rodeadas
En que acaricia amante el céfiro á la flor!

Tus noches, que ilumina la lámpara del cielo,
Si por su luz bañados los álamos se ven;
Tus noches en que canta la tórtola su duelo,
¡Oh Estío, simbolizan la gloria del Edén!

Yo encuentro en tus auroras la plácida inocencia,
Que es sávia de la vida al pecho juvenil,
Y en tus calladas noches de bienhechora esencia
Con que sedienta el alma se forja sueños mil.

¡Estío, emblema puro de mi agitada mente!
Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad:
Bien vengas con tu lumbre y tu mirar ardiente,
Bien vengas, que en tí admiro de Díos la majestad!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Julio retrasó cuanto pudo el momento de su partida, se despidió dos ó tres veces, y al fin salió llevando la certidumbre de ser correspondido.

El señor de Ramirez y su hija quedaron solos: Isabel se levantó para darle como todas las noches un beso en la frente.

—Nada tienes que decirme? la preguntó su padre, mirándola fijamente y en tono de reconven-
cion.

—Sí, y voy á contártelo todo.

Isabel le refirió cuanto acababa de pasar.

Su padre la oyó con profundo interés, y cuando hubo concluido:

—Apruebo, la dijo, tu resolucion de no unir la suerte con la de un hombre á quien no amas: hay quien asegura que el amor no es necesario en el matrimonio: yo por el contrario creo que eso no puede ser; si el amor suele degenerar en indiferencia, la indiferencia tiene que convertirse en desden, y acaso en ódio. Deseo tu bien mas que el mio, por eso no te violentaré jamás; pero tampoco apruebo, hija mia, tu pasion por Julio. Llevados los dos de una simpatía generosa, no habeis tenido lugar de reflexionar los pesares que ese afecto, en un principio fraternal, acaso habia de proporcionaros mas tarde. Uno y otro sois pobres, Isabel de mi vida; tenéis todas las necesidades de los que han nacido en una posicion elevada y careceis de sus recursos: digo esto porque ni tú podrias seguir á Julio, dado caso que te unieras á él, mientras dure la guerra, ni retirarse él del servicio; y el día en que concluyese tampoco te es dado ofrecerle una fortuna modesta, pero independiente, que le permitiera prescindir de la carrera militar. Reconozco como tú las nobles cualidades, los sublimes sentimientos, los atractivos de Julio, pero cuanto mas le amases, menos podrias aceptar los sacrificios que él tendria que imponerse por causa tuya. Reflexiónalo, hija mia; haz que la voz de la razon acalle la de tus amores: ten valor por Julio y por tí. El es jóven, valiente, y tiene un talento nada comun: ¿te ha dicho que quiere marchar á Navarra? Déjale marchar. No le hagas que desista; quizá algun dia se arrepienta: no contraigas tampoco con él el compromiso de una palabra empeñada: la ausencia es la piedra de toque del amor: si vuelve despues apasionado como hoy, tanto mejor para él y para tí!

—Pero qué quieres, papá mio, que haga yo?

—No labrar la desgracia de Julio, sosteniendo ahora unas relaciones que con el tiempo le serian perjudiciales, y de las que tal vez se cansaria.

—Ah! no, porque cuando el amor es verdadero no varía jamás!

—Déjalo pues á mi cuidado, y confia en mí.

—Desde luego, papá mio, me someto á lo que tú decidas. Entre mi pasion y mi amor filial, éste será siempre el primero; contestó Isabel temblando.

A la siguiente mañana, mientras Julio se disponia á salir de su casa, el señor de Ramirez se dirigió á ella. Encontró á Julio en la antesala, y se sorprendió al verle.

—Tengo que hablar con vd., le dijo el señor de Ramirez. Y salieron en direccion al Retiro.

Allí le refirió la confianza que le habia hecho su hija, y toda su conversacion de por la noche.

—Bien, le dijo entonces Julio, ¿y qué es lo que exige vd. de mí?

—Que desista vd. de su pretension al amor de Isabel; que haga vd. aun mas por esa pobre niña, á la que un desengaño ó un pesar puede costar la vida, y que no avive vd. el amor que la ha inspirado. Vd. es hombre y debe tener mas valor: á las mujeres en sus grandes dolores no las queda mas consuelo que el del llanto! Combata vd. por su patria! Así se adquiere gloria; así tambien se puede un dia ofrecer á la mujer amada una posicion mas ventajosa, y en la que se tiene la merecida satisfaccion de haberla conquistado por sí mismo. Hablo á vd. con entera confianza, Julio: vd. no es un jóven presuntuoso ni indiscreto: tiene vd. talento, y si no en este momento, porque la pasion le ciega, comprenderá vd. que mis observaciones son justas. El regimiento de... saldrá muy pronto de aquí: ayer lo oí decir al Subsecretario de la Guerra: siga vd. los impulsos primeros de su corazon, á veces suele ser el mejor consejero; pero si insiste vd. en su resolucion, que mi hija lo ignore hasta el último momento. Evite vd. ademas entretanto renovar con Isabel una conversacion como la de anoche: muéstrese vd. sereno para no exasperar el dolor de la pobre niña: no la escriba vd. luego con demasiada frecuencia, para no avivar mas la amargura de la separacion...

—Lo que me propone vd. entonces es que la olvide; no es verdad? dijo Julio interrumpiéndole. Pues bien, eso no puede ser! Iré á Navarra, me batiré, y sino muero, cuando haya llegado á ser coronel, y lo seré, porque el corazon me lo anuncia, volveré á decir á vd., señor de Ramirez, ¿quiere vd. concederme ya la mano de su hija? Me la negaría vd.?

—No, porque no hay en el mundo nadie á quien crea mas digno que á vd. de poseerla, contestó el señor de Ramirez estrechando la mano de Julio con emocion.

Por la noche anunciaron entre los dos á Isabel la marcha de Julio como probable: la jóven se puso tan pálida que creyeron iba á perder el sentido: sin tomar parte en la conversacion, sin aparentar oírla pasó el resto de la velada anonadada por un dolor que en vano se esforzaba en dominar. Al despedirse de Julio las lágrimas que trató de reprimir embargaron su voz. Julio se retiró no menos afectado que ella.

La noticia del señor de Ramirez era exacta: dos dias despues el regimiento á que Julio pertenecia ya recibió la órden de marchar inmediatamente.

Una hora antes de su salida, Julio fué á casa del señor de Ramirez: encontró á Isabel como la vez primera que se presentó en ella, delante del piano, pero no cantando ni haciendo brotar de sus teclas torrentes de armonía. Con la frente apoyada sobre su mano, ni aun le oyó entrar: cuando levantó la cabeza, su palidez, la fijeza de su mirada, la alteracion de sus facciones, le hicieron estremecer.

En seguida se puso en pié.

Julio se sentó en un lado del sofá: Isabel en un sillón próximo. Ni el uno ni el otro profirieron una palabra: estaban demasiado conmovidos para poder hablar. Isabel, queriendo hacer un esfuerzo para romper el silencio, solo consiguió prorumpir en sollozos, y se tapó el rostro con su pañuelo.

—Cálmese vd., Isabel, la dijo Julio: á saber lo que ahora sucede me hubiese abstenido de venir. No llore vd. por Dios! Sus lágrimas me desgarran el corazon. Tenga vd. fé en la Providencia, que á nadie abandona: ruegue vd. por mí, y estoy seguro de que alejará de mi cabeza los peligros que vd. prevé: las plegarias de los ángeles llegan hasta el trono de Dios! Yo no exijo de vd. ninguna promesa, ninguna palabra, es vd. libre: entre nosotros no existe deber que nos obligue á nada: sé que vd. seria capaz de sacrificarse ante esa consideracion; por eso no acepto la protesta de una constancia que haria mi felicidad. Si cuando vuelva vd. no ha variado en sus sentimientos respecto á mí, será aun mayor la que me espere, porque tendré entonces la conviccion de que nada puede destruir ese amor. El tiempo es para esa pasion lo que el crisol para el oro; la consolida y la purifica, pero no la altera cuando se halla profundamente arraigada en el corazon.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

¡ AMOR DE NIÑA !

Novela original.

(Conclusion.)

Trascurrió el mes que á Fernando le habia concedido su tio para que le pasase con su padre, se

cumplieron dos, y Fernando no volvía á Madrid: en vano su tío le reñía por su larga permanencia en el pueblo; en vano su futura le dirigía tiernas reconvenções; él ya se escusaba con una ligera indisposición; ya con tal ó cual fiesta en los alrededores que le detenían por algunos dias mas.

Y no era porque estuviese perdidamente enamorado de Magdalena, no: la quería tiernamente y sentía correr el tiempo muy feliz á su lado, pero su cadena era de flores y podía romperse al menor soplo del viento: juraba amarla hasta la muerte, y la exigía el mismo juramento, porque no podía pensar que si un dia lo quebrantaba, aquella niña sufriría gran sensación. ¡Había jurado tantas veces lo mismo, y á los pocos dias de romper sus juramentos, cada uno estaba entretenido con nuevos amores! Sin embargo, la candidez que la rodeaba le contenía, y ya mil veces había querido anunciarla su partida y abrirla lealmente su corazón, y otras tantas se volvieron á cerrar sus labios, sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

Así corrieron cinco meses, y ya era preciso decidirse.

Un dia fué á ver á Magdalena mas temprano de lo que acostumbraba, y en su demudado semblante manifestaba una lucha interior.

—¿Está vd. malo? le preguntó al verle entrar la madre de Magdalena, que le amaba casi tanto como su hija.

—Sí, señora, respondió el jóven, me siento un poco desazonado, efecto sin duda de una mala noticia que he recibido de Madrid.

—Qué? Acaso su tío de vd. se apresuró á decir Magdalena.

—Está bastante malo.

No menta del todo: efectivamente su tío le anunciaba una ligera indisposición, pero lo que necesitaba Fernando era un pretexto que darse á si mismo y lo había encontrado.

Muchas veces había hablado con Magdalena de lo mucho que quería á su tío, y de los muchos sacrificios que le había costado: estaba pues seguro de su modo de pensar sobre ese punto.

Así fué en efecto, que ella misma preguntó:

—¿Y no piensa vd. ir á Madrid?

—Sí, señora, por mas que lo sienta por la mañana me marcho.

—Oh! sí, sí, no debe vd. perder tiempo, insistió la inocente niña.

Al concluir de pronunciar estas palabras, fijó

sus hermosos ojos en Fernando con angustia, y una mortal palidez cubrió su rostro. ¡No había pensado hasta entonces que tenían que separarse! Pero Magdalena, que amaba tiernamente á su madre, no pensó en que Fernando pudiese dejar de acudir en aquellos momentos al lado del que miraba como á un padre, y volvió á bajar los ojos con resignación.

Después de hablar de cosas indiferentes, y decir Fernando con gran seguridad, que daría la vuelta así que su tío se mejorase; ofreciendo volver á despedirse al dia siguiente antes de su partida, se separó de ambas.

Magdalena pasó una noche cruel: aunque por su mente no pasase la idea de que Fernando pudiese olvidarla, ni menos enamorarse de otra, pues juzgaba el corazón de su amante por el suyo propio: no podía comprender cómo viviría sin Fernando, que formaba parte de su existencia. El sueño huyó de sus ojos, y al percibir la claridad del dia dió gracias á Dios que desterraba la noche, y con ella el insomnio que había padecido. Corrió á orar bajo el nombre de su padre, bajo el nombre de Fernando, y á pedir á Dios, no que aquél la amase, que no lo dudaba ella, sino que le permitiese volver pronto á aquellos sitios en que ambos eran tan felices. Embebida en su plegaria no oyó que una persona se acercaba; solo cuando una voz querida pronunció su nombre, se levantó un tanto ruborizada y estrechó la mano de Fernando. Este que llegaba mas temprano de lo que prometió, no había pasado mejor noche que Magdalena: la dicha tranquila é inocente que había disfrutado á su lado, pesaba en su alma como un remordimiento cuando pensaba abandonarla; momentos tuvo en que desistió de volver á Madrid, pero de nuevo Madrid le recordaba todos sus encantos, y se avergonzaba de su falta de carácter. ¡Así pasó la noche atormentado por tan contrarios pensamientos, y en cuanto rayó el dia, saltó del lecho á dar su último adios á Magdalena; á dárselo tambien á aquellos lugares en los que había disfrutado tanta felicidad! Con este objeto se dirigió al árbol que tantas veces le había prestado su sombra, y al ver á su amada exclamó sorprendido:

—Magdalena!

—Fernando! murmuró la niña estrechando su mano; mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Pasados algunos momentos de silencio, en que

ni uno ni otro acertaban á pronunciar una palabra, preguntó Magdalena con acento tierno, que demostraba toda la intensidad de su amor:

—Volverás pronto?

—Oh, sí! respondió el jóven con apasionado acento, yo te juro por el Dios que nos mira, por el nombre sagrado de tu padre, llegar á Madrid, hablar á mi tío, y volver por ti para llevarte á su lado.

En aquel momento Fernando hablaba con el corazón: pensaba solo inclinar el ánimo de su tío para que rompiese el proyectado casamiento con la jóven madrileña, y obtener su consentimiento para unirse á la única persona que le habia hecho comprender la vida sin amargura.

Después de mil protestas de cariño, tanto á Magdalena como á su madre, se acercaba la hora y era preciso partir: un criado llegó con los caballos que debian conducir á ambos hasta la capital inmediata, donde Fernando tomara la diligencia.

—¡Adios señora! ¡Adios Magdalena! murmuró al partir.

—¡Adios Fernando! qué vuelvas pronto!

—Yo te lo juro.

Tales fueron sus últimas palabras. Magdalena le siguió largo rato con la vista, y le saludaba con su pañuelo: ¡ni una lágrima vertian sus ojos! solo cuando dejó de verle, el sol se nubló para ella, la tierra desapareció un momento, y tuvo que apoyarse en su madre para no caer... pronto, sin embargo, pasó aquel desvanecimiento, y después se consideraba dichosa, puesto que aquella partida debía ser precursora de su dicha.

Por mucho tiempo las cartas de Fernando la sostuvieron en aquella confianza: ¡todas respiraban amor! Ni un solo correo pasaba sin recibir carta suya, mas tierna, mas apasionada que la anterior. Así pasó una corta temporada; después las cartas llegaban mas de tarde en tarde, siempre cariñosas, pero en ninguna fijaba el día de su vuelta... llegó por fin uno en que no escribió. En vano Magdalena obligaba á Anselmo á ir dos veces al día al pueblo en busca del correo; el correo llegaba, pero nunca habia carta para ella. Primero creyó que la enfermedad de su tío se habria agravado; después que el mismo Fernando debía estar gravemente enfermo.... ¡Ni una vez cruzó por su mente la idea de que la hubiese olvidado!!

¡Y cuánto se engañaba! Fernando sufrió mu-

cho al separarse de ella, la lloró quince días, la amó dos meses, y luego arrastrado por el torbellino de la corte, y por el amor de su futura, se fué borrando de su pensamiento la flor, que mas bella que todo cuanto le rodeaba, le prestó un día su aroma y sus colores para engalanar su vida. . . .

Tres meses han pasado desde el día en que Magdalena recibió la última carta de Fernando. ¡Todo ha variado en aquella dulce morada! La alegría que antes reinaba en ella ha desaparecido, cubriéndolo todo un velo de tristeza. El hermoso paisaje que rodeaba la casa ha sufrido la misma transformación. Los hielos del invierno le han arrebatado sus galas, su hermosura. Parece que todo toma parte en el sentimiento de Magdalena, y que lloran por ella todos los compañeros de su niñez. ¡Lloran con razón, porque Magdalena ya no es la misma! Su tez ligeramente morena ha perdido el hermoso carmin que la adornaba, y una palidez mate pinta en el rostro su pena interior; sus negros ojos no tienen ya la animación de otro tiempo: con la vista inclinada siempre al suelo y su constante traje negro, parece la estatua del dolor. ¡Es qué llora la muerte de Fernando, porque está persuadida de que no existe ya! ¡cómo sino podría olvidarla! Después de su largo silencio, inútilmente han hecho Magdalena y su madre, que Anselmo vaya á adquirir noticias suyas al pueblo inmediato; nunca ha podido saber nada, y si acaso supo, lo encerró en el fondo del alma por no aflijir mas á sus queridas señoras.

La fiesta del pueblo se acercaba, y la pobre madre procuró inclinar el ánimo de Magdalena para que asistiese á aquella función, con la esperanza de alejar la tristeza de su alma, aunque fuera no mas que por algunas horas.... Accedió en fin Magdalena, y se mezcló entre las jóvenes del pueblo, á quienes no veia hacia mucho tiempo. Todas procuraban rodearla y distraerla, si bien no faltaba alguna que la quisiese mal, solo porque la pobre niña se apartaba frecuentemente de su sociedad.

Una de estas quizá, entabló con otra compañera el siguiente diálogo al salir de la iglesia, mientras se dirigian á la Plaza.

—Qué hermosa ha estado la función este año, Valentina.

—Ya lo creo! como que el señor cura ha dicho que la Virgen no tenia fondos para la función, y todos los del pueblo le han ofrecido sus bienes.

— ¡Y qué no ha faltado lo principal del pueblo á la iglesia! No se cabía! añadió otra muchacha.

— ¡Lástima que D. Pedro no haya estado aquí! repitió la primera, ¡él si que hubiera hecho mucho porque á Nuestra Señora no le faltase nada! pero ya se vé, como que ha ido á la boda de su hijo, no era cosa de.

Un ahogado gemido les hizo volver la cabeza, y todos lanzaron un grito angustioso. . . . ¡Magdalena yacía en el suelo sin sentido!

Por mas auxilios que la prodigaron tardó mucho tiempo en volver en sí, y al punto la llevaron á su casa. Acostáronla privada de conocimiento, una fiebre horrible se apoderó de ella, y algunas palabras incoherentes demostraban su fatal estado: en tal situación estuvo cuarenta y ocho horas, y á los tres días de aquel en que oyó la fatal noticia, sucumbió, segun dijeron los médicos que de las cercanías hizo llegar su desconsolada madre, de un ataque cerebral: segun los que intimamente la conocian, *de amor*.

Un momento antes de morir recobraron sus ojos una perfecta tranquilidad: dirigió á su madre una mirada cariñosa en que pareció despedirse de ella, y murmurando un nombre querido se cerraron sus ojos á la luz: y su alma voló á la celeste morada. ¡El mundo no la merecía!.

Ha transcurrido un año. Una sencilla cruz de madera se vé delante de aquel árbol que encierra tantos recuerdos; pero ya no va Magdalena á arrodillarse allí: un anciano es el único que suele orar á su pié. ¡Es el pobre Anselmo, que llora la muerte de sus amas! ¡El ha querido simbolizar con aquella cruz, no la muerte, sino lo sagrado de aquel sitio!

D. Fernando de Aguilar no tardó en saber el fin de aquella historia, que principió él y concluyó el destino. ¡Una lágrima involuntaria vertieron sus ojos al recordar aquella ilusion, que pasó como un sueño en su agitada vida! Todas las primaveras iba con su jóven esposa á visitar á su anciano padre, y por espacio de algunos años se vió adornada la cruz el día 24 de Abril con una corona de rosas blancas, cogidas allí, y tejidas al parecer con aquel objeto. . . . ¡Débil tributo consagrado á la memoria de un ángel!!

Madrid 20 de Junio de 1856.

ZAHARA.

VARIETADES.

EL MÉDICO ILUSTRE.

Siempre es dulce el beneficio que se recibe, pero mucho mas cuando le acompaña la sorpresa.

Cierta mañana pasaba un elevado personaje por un arrabal de Viena: iba solo por guardar mejor el incógnito; acercósele un niño de doce años, y con voz entrecortada por los sollozos pidió una limosna: el aspecto noble del jóven, su modestia y compostura, sus encendidas mejillas, las lágrimas que por ellas corrian y el tembloroso acento con que suplicaba produjeron grande impresion en el caballero.

— Parece niño que no has nacido para pedir limosna, le dijo, qué motivo te impulsa á ello?

— Ah, señor! verdaderamente que no, contestó el niño exhalando un suspiro y rompiendo á llorar amargamente. La desgracia de mi padre, y el lastimoso estado en que al presente se encuentra mi madre son la causa de que yo me halle mendigando.

— Quién es tu padre?

— Era un comerciante que habia llegado á adquirir bastante crédito, y comenzaba á formar su caudal cuando el fallecimiento de uno de sus corresponsales le arruinó totalmente, y para colmo de nuestro mal murió hace cosa de tres años consumido por una pasion de ánimo. Mi pobre madre, mi hermano menor y yo hemos quedado en la mayor miseria. Yo he sido amparado y recogido por un amigo de mi padre, y mi madre se ha sostenido hasta ahora en union de mi hermanito con el producto de sus labores; pero anoche fué acometida de una violenta fiebre, que me hace temer por su vida, y como carezco de recurso, me desespera el no poderla socorrer; en tan grave apuro, y no estando acostumbrado á mendigar, me repugnaba el acercarme á alguno que pudiera conocerme, así es que pareciéndome extranjero, me dirijí á vos por primera vez resuelto á vencer mi timidez y el sonrojo que aun siento. Ah, señor! compadecéos de mi pobre madre y facilitadme medios para cuidarla.

Al espresarse así el jóven lloraba amargamente, suplicaba con acento tan desgarrador que el incógnito se conmovió.

— Vive muy lejos de aquí tu madre?

— Al final de esta calle, en la última casa de la derecha, cuarto tercero.

— No ha ido ningun médico á visitarla?

—Al salir yo á la calle fué con intencion de buscarlo, pero recordé que no tenia dinero para pagarle, y ni siquiera para comprar las medicinas que ordenase.

El desconocido sacó del pecho un bolsillo de seda, y alargando al muchacho cinco florines de oro le dijo:

—Véte al punto á buscar á un médico, y cuídale mucho.

Faltaban palabras al jovencito para dar las gracias por tal socorro, así es que despues de varias frases sencillas y llenas de espresion, que demostraban su agradecimiento, echó á correr.

El caballero entretanto se alejó por camino opuesto, resuelto á ir él mismo á visitar á la infeliz viuda. Llegado á la casa, subió por una estrecha escalera, y se halló en la puerta de una pequeña buhardilla, empujó aquella, y se ofreció á su vista el miserable ajuar de la habitacion, compuesto de dos sillas, una mesa rota, un antiguo armario y un lecho en el centro del cuarto, en que yacia la enferma; ésta se hallaba en el mayor abatimiento, y al pié del lecho lloraba un niño de muy corta edad. La madre trataba de consolarle, siendo así que ella era la que necesitaba consuelo: el caballero se acercó enternecido al observar aquella triste escena, y principió á preguntar cual si fuera un médico, interrogando á la enferma sobre su dolencia; esplicó ésta sucintamente los síntomas, y añadió por último sollozando:

—Ah, señor! la causa de mi enfermedad es otra, y la medicina no conoce lenitivos para ella, soy madre, y madre de hijos tan desgraciados como yo... mis padecimientos y los de mis idolatrados hijos han herido ya este corazon demasiado profundamente para que pueda esperar la curacion.... solo la muerte pondrá fin á mis males.... pero esta esperanza que en otro caso fuera consoladora, me estremece ahora calculando el abandono en que van á quedar mis pobres hijos.

La viuda espuso y relató todas sus desventuras, y el supuesto médico finjió ignorarlas; por último la dijo, no desesperéis aun, la Providencia no se olvidará de vos; compadezco vuestra desgracia, pero creo que el cielo proveerá lo necesario para socorrerla, y no quedareis abandonada; entretanto pensad en conservar la vida tan preciosa para vuestros hijos.... Teneis papel para escribir?

La enferma arrancó una hoja blanca de un cuaderno en que se ejercitaba en escribir el niño de siete años que estaba al pié del lecho. Escribió el incógnito muy pocos renglones y continuó:

—Este remedio que acabo de recetar os alentará un poco, trás de este os dispondré otro mejor; procederemos con método, y espero que en breve quedareis curada. Dejó el papel sobre la mesa y partió.

Pocos momentos despues volvió el hijo mayor: querida madre, exclamó con alegria; valor, el cielo se ha compadecido de nosotros; mirad cuanto dinero me ha regalado esta mañana un caballero, con él tendrémós para bastantes dias, y no os faltará nada; he ido á buscar al médico, y vendrá inmediatamente; consoláos, madre mia!...

—Ah, hijo querido! contestó la viuda, acércate para que te pueda abrazar; Dios protege tu inocencia y la de tu hermano, sed buenos para merecer constantemente sus beneficios. Un médico, á quien no conozco, acaba de salir de aquí ahora mismo.... Mira, sobre la mesa dejó la receta, corre á la botica y tráeme lo que ordena.

El muchacho cogió el papel, lo leyó precipitamente, y dió un grito de sorpresa, quedando como sobrecogido por un momento; volvió á leerlo, y principió á dar brincos con demostraciones de singular alegria: la madre, atónita, y no menos admirada de ver semejante transporte de contento, cogió la receta y la leyó impaciente.

—Cielos!... el Emperador!... Esclamó, y cayéndosele el papel de la mano se desmayó.

La supuesta receta, era una órden del agosto José II por la cual asignaba á la viuda una buena pension, pagada de su bolsillo particular.

El médico llamado por el muchacho se presentó oportunamente en aquel momento para socorrer á la paciente y hacerla volver del desvanecimiento producido por la sorpresa que acababa de recibir.

Acto continuo se le facilitaron cuantos remedios fueron necesarios, y merced al esmero del facultativo, pocos dias despues habia desaparecido la enfermedad, cuyo origen, mas bien que un padecimiento físico, era una afeccion del espíritu.

El generoso Monarca, á quien no cesaba de bendecir, tuvo el placer de volver la vida á la enferma, y hacer la felicidad de una familia honrada, perseguida cruelmente por la desgracia.

E. DE T.



LABORES.

Esplicacion del grabado de Labores.

El cuello que representa nuestro grabado, á mas de recomendarse por su novedad á las señoras laboriosas, tiene por principal objeto ofrecerles las variadas muestras de *calados á imitacion de encajes* que ocupan el corazon de cada rosa.

Debe hacerse en batista de Escocia, bordado á plumetis y feston de realce.

Los calados se componen frecuentemente de *randas*, de *mosquitas* ó *bodoquitos*, y de ojetes pequeños: sabiendo hacer estas tres cosas, se pueden variar los dibujos del calado de mil maneras.

NÚM. 1.

El calado que ocupa el centro de esta flor es el de mas sencilla ejecucion, y se hace de la manera siguiente: Se cruza á un extremo del óvalo un hilo de derecha á izquierda, sujetándolo por ambos lados al bordado, de este modo la aguja queda á la izquierda, y para volverla á su lugar se hace un punto de feston flojo, sujetándolo á la orilla del medallon; se pasa la aguja por debajo del hilo que se atravesó, se hace otro punto como el anterior, guardando una distancia proporcionada, y de este modo todo el largo del hilo, hasta que se encuentre la aguja otra vez á la derecha, como estaba antes de principiar el calado. Se cruza un segundo hilo, separándole del anterior tanto como aquel lo está del bordado, y se vuelven á hacer los puntos como los anteriores; solo que en lugar de sujetarlos al bordado, se sujetan en el hilo anterior y en el centro de los otros puntos. Se cruza un tercer hilo, y se sujetan los puntos de esta *randa* en el hilo segundo, y de esta manera se cubre todo el medallon.

Esta clase de bordado no puede hacerse mas que en línea recta, hay otros por el mismo estilo que se hacen en redondo, tal es el de la rosa siguiente:

NÚM. 2.

Se sujeta el hilo á un lado del medallon, y á poca distancia hácia la derecha, se hace un punto como el que se ha esplicado en la figura exterior, de feston flojo; de manera que formará una presilla al aire: junto á esa se hace otra igual, y otra á su lado, hasta que en el interior del círculo, al rededor, haya una vuelta de presillas pequeñas, que se procurará tengan la mayor igualdad: cuando esté concluida la vuelta, se pasa la aguja por medio de todos los puntos, á fin de sujetarlos y que queden perfectamente tirantes. Se hace despues una segunda vuelta igual á la primera, solo que en lugar de sujetar los puntos al bordado se sujetan en los de la vuelta anterior, y de este modo se harán cuantas sean necesarias, hasta que se unan en el centro todos los puntos.

NÚM. 3.

Las *mosquitas* ó *bodoquitos* que muestra este calado, son bastante fáciles de hacer, y es de los mas lindos despues de terminado. Se cruzan hilos, que se cordonarán, atravesando el medallon, y otros en sentido contrario, de manera que formen cuadritos de un milímetro sobre poco mas ó menos: al hacer el segundo retorcido, en cada sitio donde se cruzan los hilos, se hará un *bodoquito*, como muestra el grabado.

NÚM. 4.

Para los ojetitos de este calado se cruzan los hilos en la disposicion que marca el dibujo, es decir, dos mas juntos y dos mas separados, para que formen alternativamente un cuadrito mayor y otro muy pequeñito. Al llegar con el hilo por última vez á cada cuadrito pequeño, se le pasan unos hilos al rededor, y se hace encima un feston: de este modo resultará un ojetito, y rodeando el hilo de la aguja al que hay tendido, se pasa al segundo, y se hace la misma labor, repitiéndola en todos los cuadros *pequeñitos*.

Las mosquitas y los ojetes forman por sí solos lindos calados, pero conviniéndolos con las *randas*, se obtienen mas caprichosos, y de estos son los dibujos de las rosas siguientes :

NÚM. 5.

Se hacen dos órdenes de presillas iguales á las de la *fig. 1.^a*, y otros dos de ojetes, como los que se han hecho en la anterior, para lo cual se cruzarán dos hilos, y entre ellos se sujetarán los ojetes; despues se harán otros de presillas, y se continúa alternando esta labor todo el medallon.

NÚM. 6.

Este calado es de cuadrillos formados por hilos de presillas: en cada sitio donde los hilos se cruzan se hace una mosquita ú ojetito, como mas agrade.

NÚM. 7.

Dos órdenes de presillas al rededor, como las que se hicieron en la *fig. 2.^a*; una vuelta de presillas grandes, otra de ojetitos, que se sujetarán en el hilo que pasa entre las presillas, y una mosquita en medio de cuatro hilos cruzados.

Con los dibujos ya esplicados, fácil le será á cualquiera señora formar otros calados, conviniéndolos de distintas maneras.

La guirnalda y cifras que acompañan el cuello deben bordarse á la inglesa y pasado.

DE LOS BORDADOS EN BLANCO.

DEL PUNTO DE FESTON.

(Continuacion.)

Se bordan invariablemente á punto de feston todos los contornos exteriores de un bordado que hayan de recortarse, ya sean ondas, ya líneas rectas ó curvas.

Una sola recomendacion tenemos que hacer á nuestras lectoras sobre las ondas, y es: que se debe cuidar al trazarlas de qué no se junten, sino por los puntos estremos de sus

bases, y lo mismo al festonearlas; así, pues, se procurará evitar el tomar juntos el trazado de la onda que se concluye con el de la siguiente, aunque muchas veces se encuentren casi unidas. Se festoneará por separado la primera todo lo distante que sea posible, de modo que queden dos ó tres puntos á lo menos de una á otra. Entonces se mete la aguja por debajo del último punto, y se la hace salir por encima de éste ó del anterior. Para hacer el primer punto de la onda que va á principiarse, hay que sacar la aguja por el mismo sitio por donde sale el algodón: el tercer punto no debe coger nunca mas que el trazado.

DEL CORDONCILLO.

Aquí se presenta una grave cuestion. El feston se hace de izquierda á derecha; en esto no hay mas que un solo parecer, porque sería imposible hacerlo de otra manera; pero no sucede lo mismo con el cordoncillo y otros puntos. Hay muchas bordadoras que hacen un cordoncillo de izquierda á derecha, mientras que otras, entre las cuales hay algunas, cuya opinion es autorizada, por su acreditada inteligencia, le hacen de derecha á izquierda, del mismo modo que se cose. Estas dicen que el punto hecho así es mas recto, mas firme, y que por consecuencia el dibujo sale con mas exactitud y limpieza, y mucho mas gracioso. Esta opinion principia á prevalecer. Sin embargo, como se puede bordar muy bien aunque se ejecute de izquierda á derecha, las señoritas que estén habituadas á bordar de este modo, deben continuar haciéndolo así; pero á las que principian ahora les aconsejaremos que se acostumbren á bordar de derecha á izquierda. En todo caso conviene adoptar uno de los dos modos, y atenerse á él.

El cordoncillo, de cualquiera manera que se haga, se parece mucho al punto por cima. Se hace no cojiendo mas hilos que los que cubre el trazado, porque el cordoncillo hay que trazarlo como el feston, y á menos que no se use un algodón muy grueso hay las mas veces que hacer el trazado con dos filas de puntos,

unos sobre otros, todo lo mas posible, á fin de que no se coja mas tela que si se hubiese hecho una sola línea de puntos. De este modo el cordoncillo tiene mas realce, y por consiguiente sale mas lindo.

Los puntos del cordoncillo deben ser apretados, muy unidos unos á otros, de mucha igualdad, y sobre todo rectos y no inclinados.

Tambien se hace el cordoncillo *mate*. No hay necesidad de advertir que para este hay que hacer dos líneas de trazado; ademas hay que rellenarlo, pasando mas ó menos hilos, segun su ancho y el realce que se le quiera dar.

DE LOS OJETES.

Los ojetes, que en mas ó menos número se encuentran en casi todos los bordados, se hacen ordinariamente á punto de cordoncillo.

Para hacer un ojete, se le traza primero, despues se le abre con un punzon, y por fin se le cordona. Aquí se trata principalmente de los ojetes que se hacen en los bordados al pasado, en los que generalmente se encuentra un ojete en el centro de una estrella ó de algunas flores. Dirémos, de paso, que este ojete debe hacerse antes que las partes que le rodea. Pero ocurre tambien el tener que hacer ojetes aislados, en los que hay que cortar el algodón despues de concluirlos. Esta operacion es difícil cuando el cordoncillo es fino y apretado. Para hacerlo bien, se dejan flojos los tres ó cuatro últimos puntos, se pasa la aguja por debajo, y despues cuando se la ha sacado, antes de tirar enteramente el hilo para cortarlo, se la vuelve á pasar en sentido inverso, para apretar los puntos que han quedado flojos.

Mas adelante volverémos á ocuparnos de los ojetes, al tratar del bordado á la inglesa.

DEL BORDADO AL PASADO.

Antiguamente no se conocian mas que dos puntos de bordado, el de *cadenea* y el de *pasado*. La perfeccion y refinamiento á que ha llegado en nuestros dias esta clase de labores han creado nuevas nomenclaturas; sin em-

bargo el *pasado* puede considerarse como la matriz de todas ellas.

El verdadero *pasado* se hace al biés, pero los franceses, á quienes no se les puede negar el título de maestros en estos ricos bordados, como todo lo que lleva en si el sello del buen gusto y la novedad, le han sustituido con el que ellos llaman *plumetis*, cuyas pasadas son siempre rectas ó al hilo. El *plumetis* es lo que llamamos *realce*, con esta única diferencia.

Nosotros vamos sin embargo, siguiendo la denominacion generalmente recibida, á llamar *pasado* al punto que coje la tela, ya á lo largo, ya á lo ancho, ora al biés, y que no tiene otra variacion que los nudillos que forman los estambres de algunas flores, y á veces llenan éstas.

(Se continuará.)

MODAS.

Las aves viajeras que desde las orillas del Manzanares tienden su vuelo todos los veranos, en busca de climas mas frescos, se dirijen siempre con preferencia á las playas pintorescas del Océano, y á las saludables aguas del Pirineo: en este año le han prolongado un poco, salvando la frontera, y sus cartas vienen fechadas en *Aguas-buenas*, *Aguas calientes*, *Bagneres*, *Biarritz*, sitios tambien muy frecuentados por las celebridades parisienses. El aire puro de las montañas, el espectáculo grandioso de aquella rica naturaleza, los paseos matinales y la salubridad de las aguas, devuelven la salud y la frescura á nuestras bellas dolientes.

Entre estos sitios de medicinal recreo, se distingue el de *Aguas-buenas*, pueblecito compuesto de una calle, que termina con una capilla. A la izquierda y al pié del Belvedere, se encuentra el establecimiento de baños. Un pequeño jardín inglés constituye el único adorno que, como vergonzantemente, se ha atrevido á construir la mano del hombre, entre aquella magnífica y espléndida vegetacion, obra del Criador. La naturaleza primitiva se muestra allí en todo su vigor entre aquellos riscos y cascadas, y apenas hay sitio que no sea objeto de venerada tradicion para aquellos senci-

llos montañeses, y que los viajeros no visiten en delicioso paseo ó animadas cabalgatas. Entre las que nos han referido hay una de cierta gruta orillas de la mar, en las inmediaciones de Biarritz, cuya descripción tomamos de una obrita interesante sobre los Pirineos.

«El sol estaba próximo á sumergirse en el Océano, rodeado de blancas nubes que se enrojecían con su reflejo. Dos montañeses, dichosos con su juventud y su amor, se dirijian á una de las grutas, que son tan frecuentes en aquella costa. Los amantes, en tales momentos se olvidan de todo en el universo, y así es que nuestros jóvenes no se apercebían de los murmullos que en sentidas quejas dejaba oír el viento en los bosques de sabinos, que cubrían aquellas rocas. La mar avanzaba, sus olas venían ya á estrellarse al pié de la caverna; á su alrededor todo anunciaba la tempestad: dentro de ella los amantes no pensaban sino en su dicha; entretanto la mar se embravecía. Penetró por fin con un ruido espantoso entre sus bóvedas de granito, y á la mañana siguiente despejado el cielo, embalsamado el aire, serenas ya las olas y besando las doradas arenas de la playa, se encontraron en ella dos cuerpos exánimes, tan estrechamente abrazados, como unidas estaban sus almas. El sencillo pueblo, que condujo dolorosamente sus restos mortales á la morada eterna, no creyó justo separarlos en ella, y desde entonces se llamó aquella caverna *la Gruta del Amor*.»

En los establecimientos de baños, así como en la corte, los vestidos de nuestras elegantes conservan su excesiva amplitud y sus abuecaadores, sin embargo la forma acampanada es ya de muy mal tono: es mucho mas graciosa la de abanico, que adelgaza el talle y da esbeltez á la persona. El buen plegado del vestido y una enagua de algodón, de volantes, bien almidonada, reemplaza con ventajas á la crinolina, y sobre todo á las malhadadas polleras.

En medio de los viajes y de los placeres de la estación, la Moda no descansa en su caprichosa marcha. Los volantes continúan en boga para toilette un poco vestida: en muselina ó chaconá se llevan festoneados ó de jareton: en otras telas se adornan con preferencia de flequillos de diferentes clases, entre los que hay algunos del mejor

gusto, de terciopelitos estrechos puestos en varios órdenes, ó puntillas de blonda del mismo modo. Para negligé se prefiere la falda lisa, de mucha amplitud y largo. Para traje de mañana son muy distinguidos los de piqué blanco ó de color, con chaqueta ajustada de guarniciones festoneadas.

Terminaremos nuestra revista con la descripción de los trajes de la edición de dos figurines. Vestido de muselina estampada, de doble falda, fruncida al talle y que termina en jareton: cuerpo alto, de plegado menudo, fruncido á la cintura y en la hombrera. Manga lisa de arriba, no muy ajustada, y que termina con dos guarniciones acampanadas, de las que sobresale otra interior de encaje: un lazo va anudado en el medio de la manga corta: así este lazo como el del cinturón con cabos flotantes, pueden ser de la misma muselina ó de cinta de seda correspondiente. Un sombrero de paja belga con cintas de terciopelo encarnado, completan este traje.

El segundo es de muselina blanca, con volantes festoneados y bordados de bodequitos hasta la mitad de su ancho; manga, compuesta de dos huecos y un volante, correspondiente á los de la falda: cuerpo escotado, de forma cuadrada por delante, y fruncido de alto á bajo, con un entredos de encaje en el escote. Fichú, de la misma muselina, escotado también, cruzado en el talle, y formando por detrás pelerina redonda; la orilla del escote va guarnecida de un encaje rizado: el bajo del fichú de un entredos bordado, del que nace una guarnición, como las del vestido, que viene disminuyendo hasta la cintura, en la que se cruza debajo de un lazo de cinta, color de rosa, flotando de este dos caídas de muselina lisa, guarnecidas de dos tiras de muselina festoneadas y bordadas. El cuerpo del fichú se compone de partes mates y partes claras, que se obtienen por medio de intervalos de la muselina, unos doblados y otros lisos: entre unos y otros se coloca un entredos.

AURORA PEREZ MIRON.

